

ALFREDO ZECCA

LA IGLESIA COMO MISTERIO DE COMUNIÓN MISIONERA EN EL PENSAMIENTO DEL CARDENAL EDUARDO FRANCISCO PIRONIO

Quisiera comenzar esta exposición con una cita de un documento inédito del Cardenal Pironio, fechado en Roma, el 17 de marzo de 1989. El texto –escrito en italiano– lleva como título *A veinticinco años de un documento* y se propone ofrecer algunos puntos de meditación sobre la vocación universal a la santidad.

Nuestro interés en él radica no en el tema en sí mismo sino en la visión que el Cardenal Pironio tiene de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* –tal el texto de marras– al definirlo como “un documento esencialmente cristológico (*Lumen Gentium cum sit Christus...*), eclesiológico y mariano” porque –explica– “el tema central es la Iglesia, Misterio de Cristo y comunión del pueblo santo de Dios, en el que se refleja María *figura y principio* de la Iglesia.

Más aún, expresa su emoción al recordar el 21 de noviembre de 1964 cuando, siendo obispo desde hacía apenas unos meses, escuchó el “bellísimo discurso de clausura” del tercer período del Concilio Vaticano II en el que el “inolvidable Pablo VI” –así se expresa– promulgaba solemnemente la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* y contemporáneamente proclamaba a *María Santísima Madre de la Iglesia*¹.

Un poco más adelante, adentrándose en el tema, cita un texto del Sínodo Extraordinario de 1985 que afirma que “porque la Iglesia es un misterio en Cristo, debe ser considerada como signo e instrumento de santidad”².

1. E. PIRONIO, *A Venticinque anni da un Documento*, Roma, 17 marzo 1989.
2. *Sínodo Extraordinario de 1985, Relatio Finalis* (en adelante RF) II, A, 4.

En este breve texto encontramos todos los elementos que nos permitirán desarrollar con suficiente amplitud y profundidad el título de esta ponencia sobre *La Iglesia como Misterio de Comunión Misionera*. En su base está, desde luego, la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* que constituye el núcleo más precioso de la eclesiología conciliar. Pero ella vista a la luz de las reflexiones del Sínodo que, a veinte años del Concilio Vaticano II, convoca el Papa Juan Pablo II, en 1985, precisamente para celebrar, verificar y promover su doctrina³.

Más allá de unir el tema de la “santidad” al concepto de “Misterio” con un nexo causal anticipando, por así decirlo, el capítulo V de *Lumen Gentium* y ligándolo estrechamente al capítulo I, sobre la Iglesia como “Misterio” con un nexo causal: “porque” la Iglesia es un misterio en Cristo, debe ser considerada como signo e instrumento de santidad, el texto del Sínodo del 85 trae otra novedad en su estructura: aparece por primera vez la tríada “Misterio”, “Comunión” y “Misión”⁴ que más adelante, en la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* (1988) será más explícitamente tematizada.

En ella, en efecto, a propósito de las palabras del Evangelio de Juan “permaneced en mí y yo en vosotros” (Jn 15,1-4) se dice: “Con estas sencillas palabras nos es revelada la misteriosa comunión que vincula en unidad al Señor con los discípulos” al punto que los cristianos “ya no se pertenecen a sí mismos, sino que son propiedad de Cristo, como los sarmientos unidos a la vid”⁵.

Más adelante, en el capítulo III, *Christifideles Laici* vincula expresamente comunión y misión afirmando que “la comunión genera comunión, y esencialmente se configura como comunión misionera”. Más aún, “la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se penetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión”⁶.

La Iglesia, a la luz de estos textos, se configura realmente como un misterio de comunión misionera. Muchas serían las reflexiones que po-

drían hacerse a propósito de este núcleo vital de la eclesiología conciliar. Pero no estamos aquí para desarrollar un tema teológico sino para recoger lo que de él ha dicho y escrito el Cardenal Eduardo Pironio. Por ello mismo esta ponencia se centrará en su pensamiento recogiendo los textos fundamentales en los que la tríada misterio, comunión y misión es expresamente tematizada.

1. El Sínodo extraordinario de 1985

El obispo y la comunión eclesial

A pocos meses de la finalización del Sínodo del 85, exactamente en enero de 1986, el Cardenal Pironio predicaba un retiro espiritual a los obispos de España, luego recogido en una publicación⁷. De este retiro resulta particularmente interesante la IV meditación que lleva como título *El obispo-profeta, hombre de comunión en la Iglesia* porque allí, además de ser recogido explícitamente el tema de la comunión, el Cardenal nos ofrece una interpretación de algunos pasajes de la *Relatio Finalis* del Sínodo de 1985.

Ya al enunciar el tema: el obispo-profeta, hombre de comunión en la Iglesia, afirma Pironio que “hoy más que nunca es necesario subrayar la necesidad de una eclesiología de comunión” agregando a renglón seguido: “el Sínodo extraordinario ha centrado mucho su atención en la Iglesia misterio del Cristo pascual y en la Iglesia comunión. Comunión que –en la visión del Cardenal del Sínodo– queda puesta de relieve en las expresiones “Pueblo de Dios” (cf. LG 9), “Cuerpo de Cristo” (cf. LG 7) y “Templo del Espíritu” (cf. LG 6), tres imágenes que el Concilio utiliza constantemente y que definen una eclesiología de comunión”. Además, citando expresamente al Sínodo, continúa afirmando que éste ha querido subrayar también la idea de la Iglesia como “Familia de Dios” y de la Iglesia como “Esposa de Cristo”⁸ para concluir que “la Iglesia es el misterio del Cristo pascual [y] por consiguiente es necesariamente misterio

3. *Ibidem*, I, 2.

4. *Ibidem*, II: Argumentos particulares del Sínodo: A) Sobre el Misterio de la Iglesia; C) La Iglesia como comunión; D) La Misión de la Iglesia en el mundo.

5. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici* (ChL), 18.

6. ChL, 32.

7. E. PIRONIO, *Al servicio del Evangelio*, PPC, Madrid 1999. Las citas de este libro están tomadas de los originales existentes en el archivo personal del Cardenal y no de la edición. En adelante se cita ASE con número de página del original correspondiente.

8. *Sinodo Extraordinario de 1985*, RF II, A, 3.

de reconciliación, de paz y de amor. Y la Iglesia es también comunión con la Trinidad, comunión entre nosotros y comunión con los hombres”⁹. Queda, entonces, claro que el Cardenal recoge la concepción de la Iglesia como Misterio trinitario y cristocéntrico en el marco del cual es posible comprender la comunión entre los hombres tanto dentro como fuera de la Iglesia, es decir, la comunión intraeclesial y la relación Iglesia-mundo concebida en términos de comunión. Es sólo sobre esta base que se puede comprender el papel del Obispo “que debe ser maestro y testigo de la fe en la Iglesia y, como profeta, luz de las naciones (cf. Is 42,6) al tiempo que, como pastor bueno, es principio de comunión”¹⁰.

El primer punto de esta meditación está destinado a presentar al obispo como alianza del pueblo. El punto de apoyo de la reflexión queda constituido por la doble cita del Antiguo Testamento del célebre texto de Jeremías 31,31-33 sobre la nueva alianza que escribe la ley en los corazones y el texto de Ezequiel 36,24-28 en el que Dios promete un corazón nuevo y un espíritu nuevo. La reflexión en sí no nos interesa directamente sino tan sólo para destacar que en ella Dios es presentado como “el Dios de la comunión, el Dios de la alianza [del que] nosotros somos su pueblo”. Esta alianza –continúa Pironio– tiene una ley, el amor y está, en cierta manera, personificada por el Espíritu. De ahí la conclusión que sí toca directamente a nuestro tema: el Espíritu de amor que se nos infunde es el que nos hace vivir en comunión interior. Pero para acceder a este Espíritu es necesario “estar radicados en el mismo suelo que es Cristo y enraizados en el corazón mismo de la Trinidad a imagen de la cual formamos la Iglesia”¹¹. En este contexto vuelve el Cardenal a afirmar el principio de que la comunión trinitaria y cristocéntrica es fundamento de toda auténtica comunión fraterna: “no podrá haber comunión entre nosotros si nuestra comunión no empieza siendo con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esta es la eclesiología de comunión –subraya– que describe el Sínodo: una comunión con el Padre, por el Hijo en el Espíritu”¹².

El segundo punto de esta meditación lo dedica el Cardenal a reflexionar acerca de la Iglesia como “sacramento de comunión”. Ya en la introducción recoge las imágenes conciliares de Pueblo de Dios, Cuerpo de

Cristo y Templo del Espíritu que son, como se dijo, de comunión a las que se añaden la de “esposo-esposa”, “Padre-familia” y “piedra angular-piedras vivas” que, en definitiva, subrayan lo mismo. Pero lo que realmente adquiere relevancia para nuestro cometido son los tres aspectos que, según Pironio, subraya el Sínodo a propósito de la Iglesia como sacramento de comunión y sobre los que anuncia que se detendrá: la unidad y pluriformidad; la colegialidad episcopal y la participación y corresponsabilidad.

Al estar la reflexión enmarcada en el contexto de un retiro a obispos de una nación, en este caso España, no puede sorprender que el tema de la unidad y la pluriformidad derive en las relaciones iglesia universal-iglesia particular que han hecho correr no poca tinta en la teología de los últimos años. Pironio es directo al preguntar: “¿qué significa para cada uno de nosotros, que servimos a la Iglesia universal desde una Iglesia particular distinta esta unidad y pluriformidad?” –y responde– “Significa que la misma Iglesia de Cristo se realiza a nivel universal y en cada una de las Iglesias particulares” lo que le da pie no sólo para citar la *Relatio Finalis* del Sínodo del 85¹³ sino para ofrecer su propia interpretación: “El Sínodo insiste en la diferencia entre las palabras “pluriformidad” y “pluralismo”. Pluralismo es una yuxtaposición de posiciones radicalmente opuestas que lleva a la disolución y destrucción y a la pérdida de la identidad. Mientras que la pluriformidad es una verdadera riqueza, es la verdadera catolicidad”¹⁴. La conclusión se impone: “lo importante es vivir en fidelidad a la comunión de la Iglesia universal desde la fidelidad a la Iglesia local”¹⁵. A lo que agrega –ahora sí– una cita literal del Sínodo: “La Iglesia se hace más creíble, si hablando menos de sí misma, predica más y más a Cristo crucificado (cf. 1Cor 2,2) –es decir a Cristo muerto y resucitado–, y lo testimonia con su vida”¹⁶.

El segundo aspecto sobre el que se detiene el Cardenal en su reflexión es el de la “colegialidad episcopal” haciendo, en primer lugar, una confesión: “en este Sínodo se tenía miedo, por un lado, de frenar toda renovación, y por otro, de quebrar la comunión entre las Iglesias particulares y la Sede Apostólica”. El tema –como se ve– tiene su costado conflictivo. Pero él mismo afirma que “quienes hemos participado en él [Síno-

9. E. PIRONIO, *Al servicio del Evangelio*, IV, 1.

10. *Ibidem*.

11. E. PIRONIO, *Al servicio del Evangelio*, IV, 2.

12. *Sínodo Extraordinario de 1985* RF II, C, 1.

13. *Ibidem*, II, C, 2.

14. E. PIRONIO, *Al servicio del Evangelio*, IV, 3.

15. *Ibidem*.

16. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF II, A, 2.

do] pudimos percibir, por el contrario, la voz del único Espíritu Santo”¹⁷. Es así como, según testimonia el Cardenal Pironio, se reconoció, aún con visiones distintas, el Concilio como una gracia y se instó a una relectura más profunda y más armónica así como a una aplicación más exigente del mismo. La reflexión concluye con dos temas estrechamente vinculados a la comunión: la colegialidad que Pironio insiste en mostrar como algo sacramental porque nos viene de la misma consagración [episcopal]: “todos formamos un único cuerpo o colegio cuya cabeza visible es Pedro y cuya Cabeza invisible y única es Cristo” y las “conferencias episcopales” que son “una expresión y un signo de esa colegialidad sacramental”. A propósito de este último tema es importante destacar el equilibrio que el Cardenal Pironio afirma que hay que guardar entre la comunión con los obispos de la propia nación, esto es, con la conferencia episcopal y la conciencia de que cada obispo es, en definitiva, el pastor y el esposo único de su Iglesia particular. Es desde allí desde esa fidelidad por así decirlo primaria desde donde, según Pironio, se debe vivir la comunión afectiva y efectiva con los obispos de su nación¹⁸.

El último aspecto destacado por el Sínodo es el de la participación y corresponsabilidad. Si bien se hace explícita referencia a la *Relatio Finalis*¹⁹ el texto se limita a afirmar que “el Concilio sugirió y aconsejó estructuras de participación que llevan a la comunión, es decir, formas de vivir la comunión como por ejemplo el consejo presbiteral (PO 7) y el consejo pastoral cf. CD. 2)” El tema queda, así, meramente enunciado pero no desarrollado. Sin embargo, en su sencillez, el Cardenal trae a consideración una oportuna cita de la primera carta a los Corintios: “Estas estructuras de participación y corresponsabilidad –afirma– suponen una comunión muy profunda que se basa en las palabras de San Pablo: *no puede el ojo decir a la mano: “¡no te necesito!” ni la cabeza a los pies: “¡No os necesito!”* (1Cor 12,21). Este sentido de comunión lleva al obispo a animar la participación”²⁰.

El tema es retomado, sin embargo, un poco más adelante al hablar, en el punto tercero, del obispo como hombre de comunión. El Cardenal recorre muy brevemente los diversos niveles de comunión que debe rea-

lizar el obispo: con la Trinidad Santísima, con el Papa y la Sede Apostólica, con el presbiterio, con los religiosos, con los laicos, con las demás Iglesias, con todos los hombres de buena voluntad. Entre estos niveles, ciertamente entre sí jerarquizados, adquiere particular relieve, por el espacio que se le dedica, la comunión con el presbiterio. Allí Pironio deja ver su veta profundamente afectiva cuando enfatiza que, según el Concilio, el obispo debe considerar a los sacerdotes como hijos y amigos (LG 28) al tiempo que reconoce que si bien “vivir esta comunión [entre el obispo y los presbíteros] en profundidad es fácil porque sabemos que nos une un mismo sacramento –el del orden– [...] en la vida pastoral a veces se hace un poco más difícil, porque no siempre sentimos a los sacerdotes como verdaderos hermanos y amigos. Los sentimos como hijos, pero esta idea de paternidad tan fecunda debe ir complementada con la idea de fraternidad y amistad [...] El obispo necesita la amistad de los sacerdotes y los sacerdotes necesitan sentir cercano al obispo. Un obispo no necesita tanto el respeto y la reverencia cuanto el cariño auténtico y la amistad verdadera de su presbiterio”²¹. En este contexto cita largamente la *Relatio Finalis* del Sínodo²² a propósito de las relaciones entre el obispo y su presbiterio para concluir enfáticamente: “¡Qué necesario es vivir en íntima comunión con todo el presbiterio y hacer que el presbiterio viva en comunión con su obispo!”²³.

Este rico texto que acabamos de exponer presenta el tema de la comunión con su fundamento trinitario y cristocéntrico aplicado concretamente al obispo testigo de la fe y pastor de la Iglesia sacramento de comunión. En esta Iglesia así concebida el obispo está llamado a vivir la comunión en múltiples niveles de relación institucional y personal que se concreta en temas teológicos de gran envergadura como el de la unidad y pluriformidad, el de la colegialidad y el de la participación y corresponsabilidad. Se trata de un retiro a obispos y no de un texto sistemático. Pero por ello mismo su riqueza, por la vivencia personal y la espiritualidad que trasunta. Quien ha conocido al Cardenal Pironio no puede sorprenderse de que esta reflexión se corone con el tema de la oración y de la cruz. En este sentido afirma el Cardenal para concluir: “Finalmente para ser un hombre de comunión el obispo debe ser ante todo un hombre de

17. E. PIRONIO, *Al servicio del Evangelio*, IV, 4.

18. Cf. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF II, C, 4-5.

19. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF II, C, 6.

20. E. PIRONIO, *Al servicio del Evangelio*, IV, 4.

21. *Ibidem*, IV, 5.

22. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF II, C, 6.

23. E. PIRONIO, *Al servicio del Evangelio*, IV, 5.

oración y de cruz. Sólo aquel que ora y aquel que sabe asumir la cruz pas-cual será alianza del pueblo y engendrará necesariamente la comunión y la alegría”²⁴.

Los laicos y la comunión eclesial

En Abril de 1986 el Cardenal Pironio ofrece en Madrid una conferencia acerca de la *Vocación y Misión del laicado*²⁵ en la que, según sus propias palabras, quiere “ofrecer simplemente algunos puntos de reflexión sobre la vocación y misión del laicado hoy a veinte años del Concilio, y en particular, de la promulgación del Decreto *Apostolicam Actuositatem*”.

El documento tiene interés porque en él aparece con toda claridad la tríada “Misterio”, “comunión” y “misión” como eje articulador de la reflexión aunque todavía no se vea allí la Iglesia explícitamente como “Misterio de comunión misionera”.

Las referencias a la *Relatio Finalis* del Sínodo Extraordinario de 1985 aparecen a todo lo largo del texto. Más aún, el autor aclara al comienzo de su exposición, en las “observaciones previas”, que “no podemos releer la *Apostolicam Actuositatem* sino desde el contexto de la Relación Final del Sínodo Extraordinario: la Iglesia, a la luz de la Palabra de Dios, celebra los misterios de Cristo para la salvación del mundo –y agrega– están aquí resumidas las cuatro Constituciones que son como los cuatro grandes pilares del Concilio”²⁶. También en esto se cumple la letra del Sínodo Extraordinario: “Hay que atribuir especial atención a las cuatro Constituciones mayores del Concilio, que son la clave de interpretación de los otros Decretos y Declaraciones”²⁷.

Se nota, leyendo el texto, la fuerte impresión que provocó en el Cardenal la experiencia sinodal y, más aún, la conciencia de la vigencia siempre más vigorosa del Vaticano II. Refiriéndose al Sínodo anota en las observaciones: “quiero subrayar tres frases [de la *Relatio Finalis*] que animan y comprometen nuestra esperanza. Los obispos escriben: «Hemos

celebrado unánimemente el Concilio Vaticano II como una gracia de Dios y un don del Espíritu Santo»²⁸. «No se puede en modo alguno afirmar que todo lo que ha sucedido después del Concilio –se refiere a las sombras que en parte han procedido de la comprensión y aplicación defectuosa del Concilio–, haya ocurrido a causa del Concilio»²⁹. »Por ello, hemos determinado seguir avanzando por el mismo camino que nos indicó el Concilio»³⁰.

La estructura del documento nos la ofrece el autor al final de las observaciones previas: “Siguiendo las líneas de la Relación Final, quiero proponer tres puntos de reflexión sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo hoy, siempre desde el Decreto *Apostolicam Actuositatem*: los laicos en una eclesiología cristocéntrica y trinitaria, los laicos en una eclesiología de comunión, los laicos en una eclesiología de salvación”³¹.

Los laicos en una eclesiología cristocéntrica

El Cardenal comienza su discurso recordando que el primer punto en el que insiste el Decreto conciliar sobre el apostolado de los laicos es su esencial referencia a Cristo³² y subraya al final del primer párrafo: “Cuando el Decreto *Apostolicam Actuositatem* habla de la espiritualidad del laico, recuerda lo siguiente: “Cristo, enviado por el Padre, es la fuente y origen de todo el apostolado de la Iglesia”. Es, por ello, evidente que la fecundidad del apostolado seglar depende de la unión vital de los seglares con Cristo”³³.

A renglón seguido, citando explícitamente la *Relatio Finalis*, anota: “El Sínodo extraordinario recuerda que la Iglesia es, ante todo, el *Misterio de Cristo*, –y añade una autocrítica– por haberla vaciado de su contenido esencial, Cristo, la Iglesia dejó de ser para muchos –en especial para los jóvenes– “luz de los pueblos”. La Iglesia se hace más creíble, si hablando menos de sí misma, predica más y más a Cristo crucificado y lo testimonia con su vida”³⁴. Esto es particularmente importante cuando se ha-

24. *Ibidem*, 6.

25. Esta conferencia, junto a otras, fue publicada en el libro *Diálogo con Laicos*, Editorial Patria Grande, Buenos Aires 1986. Citamos del original que se halla en el archivo seguido de página.

26. E. PIRONIO, *Diálogo con Laicos*, 2.

27. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF I, 5.

28. *Ibidem*, I, 2.

29. *Ibidem*, I, 3.

30. *Ibidem*, I, 2.

31. E. PIRONIO, *Diálogo con Laicos*, 2.

32. Cf. AA 3.

33. E. PIRONIO, *Diálogo con Laicos*, 2, cf. AA 4.

34. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF II, A, 2.

bla de los laicos cuya vocación y misión se definen desde su «ser en Cristo» para la salvación del mundo»³⁵.

Una y otra vez gira el texto en torno a la idea de que “la dimensión cristológica y trinitaria es esencial a la Iglesia si no queremos vaciarla de su contenido y fuerza salvadora” y, en esta convicción de que “toda la importancia de la Iglesia deriva de su conexión con Cristo”³⁶, se hace necesario comprender que “la identidad integral del laico es dada por la coexistencia simultánea de estas tres notas esenciales: *su ser en Cristo, su ser Iglesia y en la Iglesia, su ser en el mundo*”³⁷. Como era de esperar la reflexión desemboca en un tema que constituye una de las novedades del Sínodo: la vinculación entre Misterio y vocación a la Santidad que Pironio expone de esta manera: “El Sínodo Extraordinario recuerda la primera definición conciliar de la Iglesia: «la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1). De aquí deriva la llamada universal a la santidad. Hoy necesitamos fuertemente pedir con asiduidad a Dios santos”³⁸. El texto se detiene largamente en subrayar algunos aspectos de la espiritualidad laical tomando pié en *Apostolicam Actuositatem*. Pero, todavía una vez, se cita nuevamente el Sínodo en estos términos: “una auténtica espiritualidad laical se nutre de estas dos fuentes de la Iglesia: la Palabra de Dios y los Sacramentos. Lo recuerda de un modo particular el Sínodo Extraordinario (RF II, B). Hace falta penetrar cotidianamente la Palabra de Dios y participar en forma activa de la Eucaristía”³⁹.

Los laicos en una ecclesiológia de comunión

Del “ser en Cristo” del primer punto se pasa, ahora, al “ser Iglesia y en la Iglesia”. El Cardenal reitera que el Sínodo Extraordinario ha insistido fuertemente sobre la ecclesiológia de comunión: “la ecclesiológia de comunión es una idea central y fundamental a la en los documentos del Concilio”⁴⁰ que, una vez más, vincula con los conceptos de Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo: “En definitiva, es toda la teología paulina del Cuerpo

de Cristo (Rm 12; 1Cor 12) o la maravillosa teología bíblica del Pueblo de Dios” –y concluye– “No hay que perder la riqueza de esta doctrina conciliar tan profundamente descrita en el capítulo II de la *Lumen Gentium*. Desde el Concilio Vaticano II –afirma citando la *Relatio Finalis*– se ha hecho mucho para que se entendiera más claramente a la Iglesia como comunión y se llevara esta idea más concretamente a la vida”⁴¹.

A partir de estos principios el texto desarrolla algunos aspectos y consecuencias de esta ecclesiológia de comunión. El primer aspecto destacado es lo que el Cardenal llama “la concepción misma de comunión”. Allí, valiéndose de dos textos del Nuevo Testamento, 1Jn 1,3-4 en que el Apóstol señala que su alegría es el testimonio y el anuncio de la Palabra de Vida y 1Cor 10,16-17 donde San Pablo explica que la comunión con Cristo se realiza en y por la Eucaristía se llega a la afirmación de que, como anota el texto sinodal, “La Eucaristía es la fuente y el culmen de toda la vida cristiana. La comunión del Cuerpo eucarístico de Cristo significa y hace, es decir, edifica la íntima comunión de todos los fieles en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia”⁴². Como señala Pironio: “Esta primera descripción de la comunión –como unión con Cristo por los Sacramentos– es esencial para comprender una verdadera ecclesiológia de comunión”⁴³ –y continúa– “Vale la pena citar un largo texto de la Relación Final: “¿qué significa la compleja palabra *comunión*?”. Fundamentalmente se trata de la comunión con Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo. Esta comunión se tiene en la Palabra de Dios y en los Sacramentos. El bautismo es la puerta y el fundamento de la comunión de la Iglesia”⁴⁴.

Queda claro, por consiguiente, que la comunión no es primariamente una estructura sino una profunda realidad sacramental que expresa y comunica la vida trinitaria. Pero, con idéntica fuerza hay que decir, según anota Pironio, “que esta íntima realidad sacramental, fruto del Espíritu que habita en nosotros, tiene que manifestarse necesariamente en estructuras visibles de comunión y participación en la Iglesia. La Iglesia es sacramento –signo e instrumento– de comunión”⁴⁵.

35. E. PIRONIO, *Diálogo con Laicos*, 2-3.

36. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF II, A, 3.

37. E. PIRONIO, *Diálogo con Laicos*, 3.

38. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF II, A, 4.

39. E. PIRONIO, *Diálogo con Laicos*, 4.

40. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF II, C, 1.

41. E. PIRONIO, *Diálogo con Laicos*, 4; cf. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF II, C, 1.

42. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF II, C, 1.

43. E. PIRONIO, *Diálogo con Laicos*, 5.

44. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF II, C, 1.

45. E. PIRONIO, *Diálogo con Laicos*, 5.

Otro aspecto señalado como consecuencia de la eclesiología de comunión es la relación entre los laicos y los pastores. El Cardenal se lamenta de que, no obstante la verdad de lo señalado por el Sínodo: “A partir del Concilio Vaticano II hay felizmente un nuevo estilo de colaboración en la Iglesia entre laicos y clérigos. El espíritu de disponibilidad con que muchísimos seglares se han ofrecido al servicio de la Iglesia, debe contarse entre los mejores frutos del concilio. En esto se da una nueva experiencia de que todos somos Iglesia”⁴⁶, hay, no obstante, “todavía demasiada desconfianza hacia los seglares, se les desconoce su legítima autonomía en el ámbito de las cosas temporales, se tiene miedo a su palabra y a su profecía [...] Queda todavía demasiado clericalismo por ambas partes: o por desconfianza de los pastores o por búsqueda cómoda de excesivo tutelaje y proteccionismo de los laicos”⁴⁷. Particular insistencia pone Pironio en la necesidad del profetismo de los laicos: “Cristo, el gran Profeta, cumple su misión profética no sólo a través de la Jerarquía, sino también por medio de los laicos, a quienes consiguientemente constituye en testigos de la fe y de la gracia de la palabra para que la virtud del Evangelio brille en la vida diaria, familiar y social”, afirma, citando *Lumen Gentium* 35. Como en el texto del retiro a los obispos españoles ahora, hablando a laicos, el Cardenal vuelve a una idea-madre de su pensamiento: “el Concilio insiste en una relación humana-pastoral en la línea de una verdadera paternidad, fraternidad y amistad”⁴⁸. Esta sección culmina con una referencia explícita a la necesidad de que la eclesiología de comunión se concrete en la participación efectiva de los laicos en las estructuras de comunión tales como el consejo pastoral diocesano o parroquial y aun en organismos de coordinación y comunión distintos de ellos que, siendo específicamente laicales, tienen como función “coordinar los esfuerzos de tantas asociaciones y movimientos y el apostolado de tantos laicos que no pertenecen de modo explícito a grupos apostólicos”⁴⁹.

Los laicos en una eclesiología de salvación

Esta sección se inicia con la afirmación de que la cuarta parte de la Relación Final del Sínodo del 85 está dedicada –lamentablemente no en

46. Sínodo extraordinario de 1985, RF II, C, 6.

47. E. PIRONIO, *Diálogo con Laicos*, 6.

48. *Ibidem*.

49. *Ibidem*, 7.

extenso, comenta Pironio– a la misión de la Iglesia en el mundo. Esta parte –continúa– comienza así: “La Iglesia como comunión es sacramento para la salvación del mundo”⁵⁰.

El Cardenal había aludido, como eje de su reflexión, al hecho de que el laico debía unir su “ser en Cristo” a su “ser Iglesia” y a su “ser en el mundo” y esto de manera simultánea y no disociada. Ahora corresponde tratar, como es lógico, del “ser en el mundo”. La insistencia principal del autor está en que el apostolado de los laicos –como su vocación y misión en general– se sitúa en la *relación Iglesia-mundo*. “Son los laicos –escribe– los hombres de la Iglesia en el corazón del mundo, y los hombres del mundo en el corazón de la Iglesia. Los laicos son, por definición, los profetas de Dios en el mundo, y son la voz del sufrimiento del mundo para la Iglesia. Pero –continúa– se trata de una *relación salvífica*, de redención, de transformación en Cristo del mundo de las realidades temporales, de ayudar a construir una “humanidad nueva”, una “nueva sociedad” más justa, más humana, más cristiana. Esto evitaría un fácil encandilamiento frente a las realidades temporales y una superficial contemplación del mundo que nos llevaría a “evacuar la cruz de Cristo” y a vaciar de contenido cristiano y eclesial nuestro apostolado”⁵¹.

Esto lleva, casi como de la mano, a pensar en una “teología de la cruz” –afirma Pironio– e introduce una interesante observación sobre la Relación Final del Sínodo: “Es extraño que el Sínodo Extraordinario haya introducido aquí una breve reflexión sobre este tema. Algunos sinodales habían pedido que de esto se hablara en la primera parte, cuando se habla del Misterio de Cristo en la Iglesia. Parecería más lógico. Sin embargo, me parece inspirado y providencial que se hable de cruz pascual cuando se mira al mundo. Creo que el don más original que la Iglesia puede ofrecer al mundo es la realidad central del Misterio Pascual de Jesús muerto y resucitado [...] sólo a la luz del Misterio Pascual se entiende, se asume y se celebra el dolor de los hombres y nuestra cruz de cada día. Una teología de la cruz es esencialmente una teología de la esperanza”⁵² y concluye citando la Relación Final: “Nos parece que en las dificultades actuales Dios quiere enseñarnos, de manera más profunda, el valor, la importancia y la centralidad de la cruz de Jesucristo. Por ello, hay

50. Sínodo extraordinario de 1985, RF II, D, 1.

51. E. PIRONIO, *Diálogo con Laicos*, 7-8.

52. *Ibidem*, 8.

que explicar, a la luz del Misterio Pascual, la relación entre la historia humana y la historia de la salvación [...] Cuando los cristianos hablamos de la cruz [...] nos colocamos en el realismo de la esperanza cristiana”⁵³.

La sección termina con una referencia al Sínodo sobre la Evangelización (1974) y a su fruto, la *Evangelii Nuntiandi* ocurridos entre la *Apostolicam Actuositatem* y el Sínodo Extraordinario de 1985 que subraya en su Relación Final la urgencia de una auténtica evangelización: “La evangelización es la primera función no sólo de los obispos, sino también de los presbíteros y diáconos, más aún, de todos los fieles cristianos”⁵⁴.

Como hemos podido apreciar –aun dentro de la brevedad que nos impone los límites de una ponencia– el Cardenal Pironio vertebró su reflexión en torno a una concepción eclesiológica de “Misterio”, “comunidad” y “misión” que toma del Vaticano II releído bajo la óptica del Sínodo Extraordinario reunido por el Papa para celebrarlo, verificarlo y promoverlo y sintetiza su visión del laico –como otro eje conceptual y estructurador– como aquel cuya identidad es dada por la coexistencia simultánea de estas tres notas esenciales que son: su ser en Cristo, su ser Iglesia y, en la Iglesia, su ser en el mundo. Ser en el mundo, en y desde la Iglesia, concebido, como hemos visto, en términos de salvación del mundo por el poder de la cruz de Cristo muerto y resucitado, es decir, por el Misterio Pascual.

2. El Sínodo de 1987 y la Christifideles Laici

Hemos afirmado, al comienzo de esta exposición, que la expresa vinculación entre “Misterio”, “comunidad” y “misión” aparece en *Christifideles Laici*, la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II, de 1988, que recoge los frutos de la VII Asamblea Sinodal, de 1987, dedicada a la *Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, veinte años después del Concilio Vaticano II*. Allí, en efecto, se habla de “misteriosa comunidad”⁵⁵ y se afirma que “la comunidad genera comunidad y esencialmente se configura como comunidad misionera”, más aún, “la comunidad repre-

senta a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunidad es misionera y la misión es para la comunidad”⁵⁶.

Sería sin duda muy rico hacer un comentario sobre la eclesiología del Sínodo del 87 basándonos en la Exhortación Apostólica sobre los laicos, pero los límites de esta ponencia, nos obligan a circunscribirnos a la relación entre estos tres términos: “Misterio”, “comunidad” y “misión” en los textos del Cardenal Pironio.

Las intervenciones en el aula sinodal

El Lunes 12 de octubre por la tarde, en la XVI Congregación general el Cardenal Pironio tuvo una intervención en la que, tratando de precisar la identidad del laico, señalaba estos tres puntos: el primero es “la Iglesia como comunidad misionera”. Aquí aparecen comunidad y misión explícitamente ligados al punto que es la misma Iglesia la que se presenta como comunidad misionera que –se apresura el autor a señalar– supone la “comunidad con el Padre por el Hijo en el Espíritu Santo” y “nos la da substancialmente el bautismo”; el segundo punto ya lo hemos visto aparecer en escritos anteriores de Pironio y es “la idea de participación” que –según él– “es exigencia de la comunidad y camino para realizarla”; el tercer punto es lo que el Cardenal llama “la circularidad en la comunidad” agregando, a renglón seguido, que “los tres estados en la Iglesia, clérigos, religiosos, laicos, deben íntimamente relacionarse; hay que distinguirlos pero sin separarlos”. Este tercer punto culmina con una idea que conviene retener: “el primer fruto de este Sínodo tendría que ser un nuevo estilo de «camino comunitario» en la Iglesia”⁵⁷.

En su discurso en la Asamblea conclusiva del Sínodo, además de los agradecimientos que hizo como primer Presidente Delegado, señaló que uno de los acontecimientos que marcaron el Sínodo fue “la celebración de los XXV años de la iniciación del Concilio Vaticano II –agregando– Este ha sido un nuevo compromiso de fidelidad a la eclesiología de comunidad”. En ese mismo discurso destaca los tres puntos centrales sobre los que giró “nuestra reflexión, nuestra búsqueda y nuestro diálogo –en el Aula y en Círculos menores: santidad, comunidad, misión”. Finalmente, hablando específicamente de la comunidad el Cardenal Pironio señala: “Para describir positivamente al laico, para comprender rectamente su

53. Sínodo extraordinario de 1985, RF II, D, 2.

54. *Ibidem*, RF II, B, 2.

55. ChL 18.

56. ChL 32.

57. *L'Osservatore Romano*, Año XIX, n° 46, 15 noviembre 1987, 10.

vocación y su misión, hemos insistido en una eclesiología de comunión que tiene sus raíces en la Trinidad y en la que los cristianos laicos se insertan por el bautismo que llega a su plenitud en la Eucaristía. De aquí deriva la participación de los cristianos laicos en la misma y única misión evangelizadora de la Iglesia. De aquí la urgente necesidad de vivir en concreto la comunión del mismo Pueblo de Dios, bajo la conducción de los pastores. Pero no bastan las reflexiones teóricas sobre la comunión eclesial; es necesario que nos esforcemos en hacer juntos un camino de comunión. No podemos hablar sobre los laicos sin la esencial relación a los presbíteros, a los diáconos, a los religiosos y religiosas”⁵⁸.

Los comentarios a Christifideles Laici

La Exhortación Apostólica postsinodal fue presentada a la prensa el lunes 30 de enero de 1989. En la rueda de prensa estaba, desde luego, presente el Cardenal Pironio puesto que, por entonces, era Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos y, por ello mismo, había sido uno de los tres Presidentes Delegados de la VII Asamblea General del Sínodo de los Obispos. En dicha rueda de prensa el Cardenal, presentando la *Christifideles Laici* afirmó: “El tema de los fieles laicos –vocación y misión, identidad, participación y corresponsabilidad, formación y espiritualidad– sólo puede comprenderse dentro de la Iglesia que es misterio de comunión misionera”. Aquí aparece la fórmula por primera vez en su plenitud, en labios del propio Cardenal Pironio. La perspectiva teológica de la Exhortación –aclara un poco más adelante– “sería una ‘eclesiología de comunión’. La Iglesia es esencialmente el *misterio de una comunión misionera*. En este sentido el documento sigue las líneas trazadas por el Sínodo Extraordinario de 1985”. Las líneas del Sínodo y del Papa Juan Pablo II puesto que el mismo Cardenal subraya un poco más abajo, al recorrer el contenido central del documento: “La observación general es la siguiente: la estructura central del documento sigue las líneas de la *Relatio Finalis* del Sínodo Extraordinario de 1985 –Iglesia misterio, Iglesia comunión, Iglesia misión– que el mismo Santo Padre recogió en la homilía de clausura del Sínodo de 1987. Es una síntesis de la doctrina conciliar sobre el misterio de una *Iglesia comunión misionera*. Por eso los tres capítulos centrales del documento son los tres primeros”⁵⁹.

58. *L'Osservatore Romano*, Año XIX, n° 45, 8 noviembre 1987, 9.

59. *L'Osservatore Romano*, Año XXI, n° 7, 12 febrero 1989, 22.

Siempre en torno a *Christifideles Laici* podemos recoger, del comentario de Mons. Peter Coughlan, colaborador en el Pontificio Consejo para los Laicos, publicado por el Departamento de Laicos de la Conferencia Episcopal Argentina, algunas palabras de presentación del Cardenal Pironio a esta publicación. El Cardenal intenta subrayar “algunas líneas” que a su juicio son centrales. En este contexto escribe: “la tercera línea que caracteriza al Documento es el énfasis con que se señala que *la comunión eclesial es misionera*”. Poco más arriba, a propósito de que todos los fieles laicos están llamados a hacer *un mismo camino de comunión*, Pironio señala: “Este tema de la comunión nos sumerge en una espiritualidad profundamente trinitaria, que sin duda es una característica del Pontificado de Juan Pablo II, y que conduce a la Iglesia a su misterioso origen y fuente de vida. La Iglesia nace de la Trinidad, expresa su comunión trinitaria y peregrina hacia la comunión consumada con la Trinidad”⁶⁰. En esta breve frase aparece el fundamento de la comunión misionera que no es otro que el misterio trinitario en el que la Iglesia se origina, toma continuamente vida y, finalmente, tiende en una tensión escatológica que culminará sólo al fin de los tiempos.

3. La Iglesia Misterio de comunión misionera

En 1990 el Cardenal Pironio predicó un retiro espiritual a los sacerdotes de la arquidiócesis de Bogotá. Las meditaciones fueron recogidas, luego, en un libro⁶¹. El segundo punto de la cuarta meditación lleva como título “El misterio de la Iglesia, comunión misionera” y, con una estructura tripartita, el Cardenal dedica unos párrafos a cada uno de estos conceptos. Pero, ya de entrada, comienza su reflexión con estas palabras: “La Iglesia es fundamentalmente misterio, comunión y misión [...] Ya en el Sínodo del año 1985, al rescatar la eclesiología de comunión, la *Relatio Finalis* insistió en estos tres aspectos [...] recordando la doctrina del Concilio [...] “La Iglesia –*Lumen Gentium*– a la luz de la Palabra de Dios –*Dei Verbum*– celebra los misterios de Cristo –*Sacrosanctum Concilium*–

60. COUGHLAN, Peter, *La Vid y los Sarmientos. Comentario a la Exhortación Apostólica sobre los laicos de Juan Pablo II*, Madrid 1990, 11.

61. E. PIRONIO, *Cristo entre nosotros*, PPC, Madrid 1998. Citamos no del texto sino del original del archivo indicando meditación y página.

para la salvación del mundo –*Gaudium et Spes*–”. A lo largo de estas cuatro Constituciones la Iglesia es presentada fundamentalmente como *misterio de comunión misionera*. Así la quiso Jesús y así queremos realizarla nosotros siguiendo las líneas y el ejemplo del Señor”⁶².

El Cardenal, hablando de la Iglesia misterio, vuelve sobre la *Relatio Finalis* del Sínodo Extraordinario del 85 vinculando entre sí los conceptos de “Misterio en Cristo” y “Santidad”: “Porque la Iglesia es un misterio en Cristo, debe ser considerada como signo e instrumento de santidad”⁶³. “Por ser Misterio de Cristo –continúa Pironio– por ser sacramento de Cristo, por eso la Iglesia es signo e instrumento con que Cristo nos santifica”. De aquí salen dos consecuencias, por una parte, el secularismo que hay que evitar y, por otra, el ser concientes de que “este mirar a Cristo en la Iglesia Misterio hace que no perdamos la dimensión de oración, de santificación, de contemplación; y al mismo tiempo hace que no perdamos la fortaleza: *Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo* (Mt 28,20). La Iglesia es el misterio de la presencia de Cristo, es el sacramento del Cristo pascual, misterio de la comunión reconciliada”⁶⁴. Hacia el final de este primer párrafo dedicado al Misterio, citando nuevamente al Sínodo Extraordinario, afirma: “Ya el Sínodo de 1985, en la Relación Final nos decía: “Porque la Iglesia es un misterio en Cristo debe ser considerada como signo e instrumento de santidad”⁶⁵. Precisamente en este tiempo –agregaba Pironio– en el que muchísimos hombres experimentan un vacío interno y una crisis espiritual, la Iglesia debe conservar y promover con fuerza el sentido de la penitencia, de la oración, de la adoración, del sacrificio, de la oblación de sí mismo, de la caridad y de la justicia. Hoy necesitamos fuertemente –concluía– pedir a Dios con asiduidad santos. Santos de lo cotidiano, como decía Pablo VI, es decir, santos normales, santos con quienes, tal vez sin darnos cuenta, estamos conviviendo. “Hoy el mundo tiene necesidad del paso de los santos por la historia”, decía también Pablo VI al terminar el Concilio”.

Al referirse a la comunión vuelve sobre el Sínodo Extraordinario una vez más: “La eclesiología de comunión es una idea central y fundamental de los documentos del Concilio. Pero ¿qué significa la palabra co-

munió? Fundamentalmente se trata de la comunión con Dios, por Jesucristo, en el Espíritu Santo⁶⁶. Es una comunión trinitaria. La Iglesia es comunión –afirma el Cardenal– porque es *communio ex Trinitate, in Trinitate, ad Trinitatem*”⁶⁷.

Finalmente, en el párrafo dedicado a la misión, Pironio recuerda que Juan Pablo II, en *Christifideles Laici*, al terminar al capítulo segundo sobre la Iglesia comunión, dice: “de este modo la comunión se abre a la misión haciéndose ella misma misión”⁶⁸. E inmediatamente a continuación, en el capítulo III, sobre la misión de la Iglesia y la corresponsabilidad de los fieles laicos en la misma, comienza con el título *comunión misionera*. “Los dos términos –continúa el Cardenal– vienen así a unirse inseparablemente: la comunión hace la misión [...] ¿qué significa en palabras sencillas que esta comunión se hace misionera?. Significa que la Iglesia, con la totalidad de sus miembros, como comunión animada por el mismo Espíritu y presidida por el único Pastor invisible, representado en los pastores que son sus ministros, se lanza a la nueva evangelización”⁶⁹.

La meditación cuarta, dedicada a la obra de Jesús, culmina con un párrafo que citamos in extenso porque puede resumir, en pocos términos, la interpretación que el Cardenal Pironio hace de la Iglesia como misterio de comunión misionera. Se pregunta el Cardenal: “¿Cuál es la obra de Jesús?, –y responde– La obra de Jesús es la Iglesia *misterio de comunión misionera*. En el centro de este misterio de comunión misionera está la *Eucaristía* que cotidianamente celebramos, para la cual fuimos ungidos el día de nuestra ordenación sacerdotal –recordemos que está predicando a sacerdotes– y para poder vivir bien esa Eucaristía y para que sea Cuerpo entregado y Sangre derramada, asumimos y vivimos, expresamos y gritamos con nuestra palabra y con nuestra vida la fecundidad de la cruz pascual, del misterio pascual de Jesús. Se lo pedimos al Señor al terminar esta meditación: «Señor Jesús, tú dijiste al final de tu vida que habías cumplido la obra que el Padre te había encomendado. Tu obra fue revelarnos el Nombre del Padre; tu obra fue reconciliarnos con el Padre; tu obra fue salvarnos, liberarnos de la esclavitud del pecado y de todas las esclavitudes que derivan de él. Tu obra fue la cruz pascual, tu obra fue y es la Igle-

62. E. PIRONIO, *Cristo entre nosotros*, IV, 7.

63. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF II, A, 3-4.

64. E. PIRONIO, *Cristo entre nosotros*, IV, 8.

65. *Sínodo extraordinario de 1985*, RF II, A, 4.

66. *Ibidem*, II, C, 1.

67. E. PIRONIO, *Cristo entre nosotros*, IV, 9.

68. ChL 31.

69. E. PIRONIO, *Cristo entre nosotros*, IV, 10.

sia, misterio de comunión misionera. Concédeme vivir la alegría de ser Iglesia; concédeme descubrir cada día mi identidad sacerdotal en el interior de una eclesiología de comunión misionera y dame fuerza y coraje para vivir la fecundidad de la cruz y para gritar a los hombres con mi voz, con mi silencio, con mi propia cruz, que tú eres el Cristo, esperanza de la gloria (cf. Col 1, 27). Amén»⁷⁰.

El Cardenal Eduardo Pironio, cuyo pensamiento acerca de la Iglesia como misterio de comunión misionera hemos recogido brevemente en esta ponencia, no fue, sin duda, un teólogo sistemático. Prueba de ello es que la totalidad de sus escritos son de carácter teológico-pastoral y, muchos de ellos, pláticas o meditaciones en jornadas de espiritualidad o retiros. En ellos ha expuesto, con suma originalidad, lo substancial de la doctrina del Sínodo Extraordinario del 85 y, a través de ella, del propio Concilio Vaticano II y de la Exhortación Apostólica Postsinodal *Christifideles Laici* aplicándola a las realidades espirituales y pastorales más concretas. Pero, tal vez, más importante que sus palabras fue su testimonio personal de hombre de Iglesia, de pastor, de misionero y de santo. Sí, no hay que tener temor de aplicar este calificativo al Cardenal Pironio. Quienes hemos tenido la gracia de conocerlo y frecuentarlo, aunque sea brevemente, hemos podido tener experiencia de esa sabiduría y sencillez expresadas en cada gesto y en cada palabra que, detrás de su personalidad atrayente por naturaleza, dejaban traslucir su honda espiritualidad. Demos gracias a Dios porque nos ha regalado en nuestro tiempo una personalidad tan rica y que tanto bien hizo a lo largo de su vida. Es de desear que su testimonio y su doctrina, de los que da cuenta el voluminoso archivo que tienen las Hermanas Benedictinas de la Abadía de Santa Escolástica, sea desarrollado y florezca en una pluralidad de iniciativas en el campo de la eclesiología, la misionología y la espiritualidad.

Mons. Dr. ALFREDO ZECCA

Rector de la Pontificia Universidad Católica Argentina
Profesor en la Facultad de Teología de la UCA (Buenos Aires)

70. *Ibidem*, IV, 12-13.